

Una antología discutible y caprichosa

Poesía colombiana. Antología 1931-2011

FABIO JURADO VALENCIA

(Selección y prólogo)

Ministerio de Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Fundación Común Presencia, colección Los Conjurados, Bogotá, 2011, 440 págs.

TODA ANTOLOGÍA es caprichosa y objetiva a la vez. Es el panorama reducido de una valoración literaria de la que solo el antólogo y la editorial que la publica son los responsables. En esta que nos ocupa aparecen como cabezas visibles Fabio Jurado Valencia y Común Presencia. El primero es un profesor universitario que se ha encargado de establecer interesantes puentes culturales entre México, país en el que hizo sus estudios de doctorado, y Colombia, país en el que vive y enseña. La segunda es un grupo alternativo editorial, dirigido por Gonzalo Márquez Cristo y Amparo Osorio, que ha realizado una importantísima labor literaria consistente en difundir la obra de autores poco conocidos en el panorama nacional. Jurado justifica su antología diciendo que se trata, en principio, de hacer conocer el ámbito poético colombiano en México. En dicho sentido, su empresa surge en el marco de los intercambios culturales que desde hace años ha propiciado. Ahora bien, este ámbito comprende un periodo de casi un siglo. Empieza con Aurelio Arturo, quien inicia la poesía moderna colombiana y culmina con poetas jóvenes nacidos en la década de 1980; ellos son Juan Sebastián Gaviria y Andrea Cote.

El criterio de partida lo esgrime Jurado en el prólogo conflictivamente porque no resuelve el hecho de que esta tradición podría empezar también con Luis Carlos López quien, a su vez, es el mejor descendiente del Silva coloquial y humorístico de *Gotas amargas*. Poética que tanto influenció a muchos autores posteriores. Son el lirismo bucólico y un no del todo claro criterio estético los que hacen pensar a Jurado que es con Aurelio Arturo con

quien se inicia la poesía colombiana del siglo XX. Este punto ya vuelve discutible, y desde un principio, la antología en cuestión. En el prólogo tampoco se explica muy bien cuáles son las rupturas que inaugura Aurelio Arturo y Jurado cae en generalidades de este estilo: “Es indudable que la poesía de Aurelio Arturo inaugura un género pues propone una poética que se constituye en referente de innovación y abre el horizonte para una literatura que paulatinamente se hará más genuina en Colombia”. La verdad es que el prólogo no logra clarificar en qué reside ese carácter genuino y, repito, cómo se presenta esta innovación. Jurado intenta en vano convencer al lector sobre la intención innovadora de los versos de Arturo al decir, y cita para ello a William Ospina, que “los poemas de Arturo son siempre algo intenso, complejo, rico y coherente, que no parece resultado del mero ingenio humano”. No se trata, con este comentario, de negar el puesto revelador y esencial que ocupa Arturo en la tradición poética colombiana. Lo que planteo es que hay suficientes argumentos para decir que otros autores señalan este carácter inaugural que Jurado le otorga exclusivamente a Arturo. Basta pensar, igualmente, en Luis Vidales y *Suenan timbres* y en muchos poemas de León de Greiff (ambos autores ausentes en la elección de Jurado) para decir que en ellos también, como en Luis Carlos López, podría nacer la poesía colombiana del siglo XX. El prólogo se dedica después a hacer un recorrido por algunos movimientos importantes (el grupo Mito, el nadaísmo, la Generación Desencantada, por ninguna parte aparece Piedra y Cielo y tampoco se sabe el motivo de esta omisión) y trata de definir los perfiles generales de la obra de los poetas seleccionados. Hacerlo con setenta sería una labor engorrosa y por ello Jurado dedica unas pocas líneas a varios autores. En general, se trata de un texto descriptivo, poco profundo y nada exhaustivo, que ofrece algunos datos de discusión sobre el horizonte poético abarcado.

La de Fabio Jurado forma parte de las antologías abarcadoras de las que, en nuestro contexto, la más visible es esa suerte de directorio poético que publicó, con el Ministerio de Cultura

y El Áncora Editores, Rogelio Echavarría en 1998. Todos sabemos que Echavarría iba de un lado para otro con su red de antólogo generoso cuyo criterio consistía en meter a todos los poetas que conociera y que hubieran publicado al menos un libro. El resultado fueron dos mamotretos que permiten concluir una vez más que Colombia es, de manera irremediable, un país de poetas. Los criterios de selección de Fabio Jurado, además del brumosamente estético que propone, son los premios nacionales e internacionales que han ganado los poetas seleccionados. De nuevo menciona las intenciones innovadoras de sus poéticas. El asunto de los premios es un criterio válido y útil porque, para bien o para mal, son los premios los que vienen modelando desde hace un tiempo el rostro de una buena parte de la literatura colombiana. Pero el punto de las innovaciones poéticas no queda claro. Cuando terminamos de leer la muestra de tres, cuatro o cinco poemas de los setenta autores seleccionados; o al menos, luego de leer los poemas de los poetas nacidos en las décadas de los sesenta, los setenta y los ochenta un lector más o menos avezado en poesía no encontrará por ningún lado el carácter innovador pregonado por el antólogo. Porque si hay una poesía en América Latina que respete la tradición y muestre en sus rasgos actuales ausencia de experimentaciones y un espíritu vanguardista y transgresor es precisamente la poesía colombiana. Cuáles, pregunto, son las intenciones renovadoras de poéticas como las de Fernando Denis y Federico Díaz-Granados, o las de Esperanza Carvajal Gallego y Saúl Gómez, por citar solo algunos. No estoy diciendo que no existan acentos más o menos singulares en los poetas recientes seleccionados por Jurado, pero las innovaciones, terminado el recorrido propuesto por la antología, quedamos sin conocerlas.

Hasta la Generación Desencantada, es decir, hasta los poetas que continúan al grupo Mito y el nadaísmo, la selección de las poetas es en cierta medida lógica y acertada. A pesar de que se presenten importantísimas ausencias: Luis Vidales, León de Greiff, Porfirio Barba Jacob, algunos poetas de Piedra y Cielo, Meira Delmar. Por

otra parte, los poemas seleccionados a veces no convencen del todo o no son los más emblemáticos. Esto sucede con poetas como Álvaro Mutis, Jaime Jaramillo Escobar, José Manuel Arango, Giovanni Quessep y Juan Manuel Roca. Aunque la escogencia es buena en otros casos como Aurelio Arturo, Mario Rivero, María Mercedes Carranza, William Ospina y Raúl Gómez Jattin. Luego, con los poetas nacidos desde la década de los años cincuenta en adelante, la antología manifiesta su matiz quizás más complicado: el capricho. En principio, es factible pensar, pues ese es el rasgo de una inmensa mayoría de las antologías, que aquí aparece el tema de la amistad y el de los gustos del antólogo. Pero hay otro más, que es en el cual se hace visible la editorial que publica la antología: varios de los poetas seleccionados fueron publicados por la colección Los Conjurados de Común Presencia. La complicidad editorial es más que evidente en esta escogencia.

El grave problema de las antologías de este tipo, que recoge poetas reconocidos por el establecimiento literario colombiano, por la academia, y la recepción que sus libros han tenido en las generaciones posteriores, y poetas que están empezando a escribir, que no han logrado todavía su madurez, y cuyo reconocimiento es muy inferior y para nada canónico, es que dejan una sensación de desequilibrio profundo en la lectura. En realidad, varios de los poetas actuales propuestos por Jurado no tienen suficiente espesor en su producción como para estar al lado de los autores que les anteceden. Toda antología debe ser un relieve compacto y sólido desde el punto de vista justamente estético, pero para ello es fundamental una selección rigurosa y no una pesca un poco azarosa y asaz caprichosa como la emprendida aquí. En esta perspectiva, el criterio de los premios, y esto ahora es una verdad de Perogrullo, no ofrece garantías confiables de calidad estética, ni tampoco deben representar la justificación para construir un panteón nacional de la poesía colombiana. Fabio Jurado no solo se lanzó a publicar a setenta poetas, sino que termina su prólogo con una risible nota de consuelo. Enumera una lista de otros setenta y cuatro poetas que no se encuentran

en este libro, pero que estarán en una supuesta antología paralela, algún día publicable. Fabio Jurado explica que la totalidad en las antologías no existe y que es la parcialidad la que se impone. Sin duda tiene razón, pero al comprender su propósito desmesurado, Jurado pareciera aspirar a esa ansia de totalidad que, como en el caso de Rogelio Echavarría, termina por ocasionar fuertes reservas.

Luego de leer esta antología, quedan resonando los grandes temas que atraviesan la poesía colombiana del siglo XX y que continúan en nuestros días: la geografía rural y su poder evocador, el desamparo y el estupor dejados por la violencia, la desolación de la vida urbana, las evocaciones familiares, el intertexto de la pintura, el cine y la literatura misma que estructura el poema, el traslado y el viaje, el amor perdido y la nostalgia que produce y el sentido erótico salvador de los encuentros sexuales, la amistad celebrada, las injusticias de una nación infame y el exilio. Finalmente, contemporáneas de esta selección desigual, hay ejemplos de antologías más selectas y contundentes y por ello su lectura es muchísimo más satisfactoria que la propuesta por Fabio Jurado y Común Presencia. Ahí están, por ejemplo, la selección de *Cien poemas colombianos* de Juan Felipe Robledo y Catalina González Restrepo, editada por Luna Libros en 2011, o la de 20 del XX *Poetas colombianos* realizada por Samuel Vásquez y Santiago Mutis y editada por La otra y la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2012. Entre unas y otra, hay una distancia impresionante. Por las primeras hacemos un viaje poético inolvidable e intenso, por esta que reseñamos el tránsito está atribulado de huecos y paisajes sin fuerza. ¿Se favorece esta circunstancia por el hecho de que aquellas son antologías hechas por poetas y la de Común Presencia la hace un académico de la literatura? En todo caso de esta situación se desprende una rara virtud: el antólogo felizmente no ha incurrido en el pecado de todo antólogo narciso: no se ha introducido en el grupo de los poetas escogidos.

Pablo Montoya